

Fragmentos de muerte

Una selección para leer en la tumba

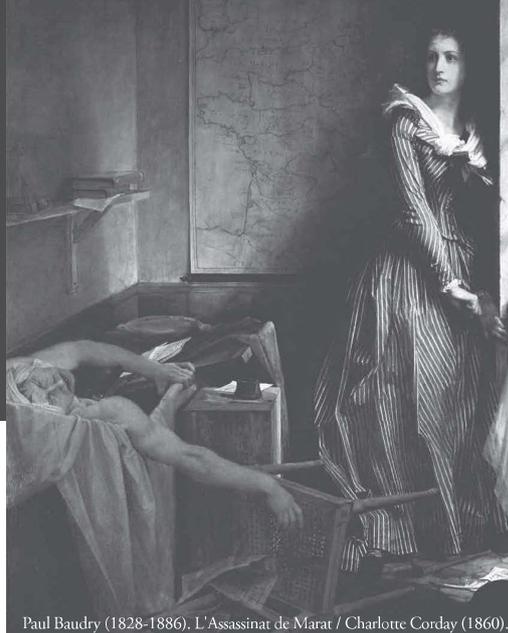
Por Revista *Espejo*

El crimen, entre las pasiones, deseos y fijaciones humanas, es tal vez lo que más nos seduce con intensa furia. Esta sentencia podría herir moralidades; pero si nos detenemos a pensar qué tanto nos fascinan los relatos de grandes crímenes, encontraremos que no somos menos culpables que esas personalidades patológicamente desequilibradas. Pregúntese: ¿Por qué leemos, escuchamos o vemos repetidamente las historias de Hannibal Lecter, Jack el destripador?, y acudimos a las dinámicas cotidianas, a los muchos relatos de atrocidades que concentran la mirada, y por lo tanto, el rating, o el número de lectores en el medio de comunicación que mejor complazca nuestra obscena fijación por la violencia?.

Es tanta nuestra inclinación por la sangre y las vísceras del prójimo que la obra más editada, publicada y vendida, (y que, además, nos promete la salvación, el amor y el paraíso), registra miles de muertes ordenadas por manos más santas que las nuestras. ¿Es acaso esta predisposición hacia el crimen el mayor rasgo humano? Preferimos dejar la responsabilidad de la respuesta a la conciencia de cada quien.

Si ha pensado, querido lector, en dejarse llevar por su instinto asesino e inmortalizarse en la historia morbosa de la humanidad, creemos que este es el camino más fácil. Tenga siempre presente los consejos de los grandes maestros. Recuerde que lo más desagradable es un criminal ineficiente y poco creativo. Si se

roba un pequeño caldo de gallina, ¡pagará caro!, “y si alguno hiriere a su siervo o a su sierva con palo, y muriere bajo su mano, será castigado; más si sobreviviere por un día o dos, no será castigado, porque es de su propiedad” (*Exodo* 21: 20, 1). Note que el sufrimiento y agonía



Paul Baudry (1828-1886). *L'Assassinat de Marat / Charlotte Corday* (1860).

de la víctima debe perdurar el mayor tiempo posible. Sea paciente, como dicen los sabios.

Asesinato de la calle Morgue

Edgar Allan Poe

“En el momento en que el marinero miró hacia el interior del cuarto, el gigantesco animal había aferrado a madame L’Espanaye por el cabello (que la dama tenía suelto, como si se hubiera estado peinando) y agitaba la navaja cerca de su cara imitando los movimientos de un barbero. La hija yacía postrada e inmóvil, víctima de un desmayo. Los gritos y los esfuerzos de la anciana señora, durante los cuales le fueron arrancados los mechones de la cabeza, tuvieron por efecto convertir los propósitos probablemente pacíficos del orangután en otros llenos de furor. Con un solo golpe de su musculoso brazo separó casi completamente la cabeza del cuerpo de la víctima. La vista de la sangre transformó su cólera en frenesí. Rechinando los dientes y echando fuego por los ojos, saltó sobre el cuerpo de la joven y, hundiéndole las terribles garras en la garganta, las mantuvo así hasta que hubo expirado. Las furiosas miradas de la bestia cayeron entonces sobre la cabecera del lecho, sobre el cual el rostro de su amo, paralizado por el horror, alcanzaba apenas a divisarse. La furia del orangután, que, sin duda, no olvidaba el temido látigo, se cambió instantáneamente en miedo”.

Crimen y castigo

Fedor Dostoiewski

“No había que perder ni un segundo. Sacó el hacha de debajo del abrigo, la levantó con las dos manos y, sin violencia, con un movimiento casi maquinal, la dejó caer sobre la cabeza de la vieja.

Raskolnikof creyó que las fuerzas le habían abandonado para siempre, pero notó que las recuperaba después de haber dado el hachazo.

La vieja, como de costumbre, no llevaba nada en la cabeza. Sus cabellos, grises, raros, empapados en aceite, se agrupaban en una pequeña trenza que hacía pensar en la cola de una rata, y que un trozo de peine de asta mantenía fija en la nuca. Como era de escasa estatura, el hacha la alcanzó en la parte anterior de la cabeza. La víctima lanzó un débil grito y perdió el equilibrio. Lo único que tuvo tiempo de hacer fue sujetarse la cabeza con las manos. En una de ellas tenía aún el paquetito. Raskolnikof le dio con todas sus fuerzas dos nuevos hachazos en el mismo sitio, y la sangre manó a borbotones, como de un recipiente que se hubiera volcado. El cuerpo de la víctima se desplomó definitivamente. Raskolnikof retrocedió para dejarlo caer. Luego se inclinó sobre la cara de la vieja. Ya no vivía. Sus ojos estaban tan abiertos, que parecían a punto de salirse de las órbitas. Su frente y todo su rostro estaban rígidos y desfigurados por las convulsiones de la agonía.”

El juego de octubre

Ray Bradbury

“El lugar era negro. Ni una luz, ni un brillo, ni el destello de una mirada. [/] Una rascadura de loza, un tintineo metálico. [/] -la bruja ha muerto -entonó el marido. [/] -¡iiiiiiiiiiiiii -dijeron los chicos.

La bruja está muerta, y aquí está el cuchillo con el que la han matado. [/] Entregó el cuchillo. Paso de mano en mano, de un lado a otro dando la vuelta al círculo, con risas, gritos y comentarios de los adultos.

-La bruja está muerta y está es su cabeza -surró el marido, y entregó algo a la persona de al lado.

Oh, yo sé cómo se juega a esto -gritó un chiquillo alegremente en la oscuridad-. Coge de la nevera las tripas de una, una gallina vieja y las hace circular diciendo: “¡Aquí están sus entrañas!” y hacen una cabeza de barro y la hacen correr como si fuera su cabeza; y pasan un hueso del caldo como si fuese el brazo de la bruja, y cogen una canica y dicen: «¡Este es su ojo!» y cogen maíz y dice: «¡ estos son sus dientes!» Y cogen una bolsa de pudín de ciruela y lo entregan y dice: «¡esto es su estómago!» yo sé cómo se juega esto.



Grabado del cuento «Los crímenes de la calle Morgue», en una edición de 1837

-Cállate, lo estropearas todo -dijo una niña.
-La bruja se ha dañado y su brazo os ha dado -dijo Mich.
-¡iiiiiiiiiiii!

Los artículos iban pasado, como patatas calientes, dando la vuelta al círculo. Algunos niños gritaban, y no querían tocarlos. Otros corrían alejándose de su asiento para quedar en pie en el centro del sótano hasta que el macabro objeto había pasado a su turno y pasado al niño siguiente.

-bueno, sólo son tripas de pollo -dijo un chico desdefiosamente-. ¡Vuelve, Helen!

Arrojados de mano en mano, con un chillido tras otro, los artículos recorrían la hilera, hasta que llegaba otra cosa, y luego otra cosa.

-A La bruja han cuarteado, y el corazón os he dado -dijo el marido.

Seis o siete cosas se movían al mismo tiempo en la oscuridad temblorosa. Entre risas.

Louise habló en vos alta.

-Marion, no tengas miedo; solamente es un juego. Marion no dijo nada.

-¿Marion? -Preguntó Louise- ¿tienes miedo? Marion no habló.

-Está bien -dijo el marido-. No tiene miedo. Y siguió el pase, volviendo los chiquillos y la hilaridad. El viento otoñal suspiraba alrededor de la casa. 